

Reportes de las ciencias sociales y las humanidades.

La detección de comportamientos arriesgados, clave para la reducción de accidentes de tráfico

El estudio publicado por un profesor de la Escuela Universitaria de Magisterio de Bilbao de la UPV/EHU concluye que los pensamientos agresivos al volante llevan a un comportamiento agresivo, el cual desencadena un comportamiento arriesgado que se asocia a la accidentabilidad. El estudio muestra, además, que los conductores más jóvenes son los que experimentan más ira y se expresan de manera más agresiva. En cambio, las diferencias entre sexos son prácticamente inexistentes.

La seguridad vial y la prevención de accidentes son temas recurrentes y frecuentemente estudiados, aunque no siempre desde la misma perspectiva. Puede parecer evidente que la accidentabilidad está relacionada con el comportamiento arriesgado, y, efectivamente, “existen estudios que los relacionan, pero no se ha estudiado a nivel de cognición o pensamiento. Tradicionalmente, se ha hablado de tres factores para pronosticar los accidentes de tráfico: el factor vehículo, el factor vía y el factor humano, y se ha visto en prácticamente todos los estudios que el factor humano es el más importante a la hora de pronosticar accidentes. Por ello, es ahí donde he centrado mi investigación durante ocho años”, explica David Herrero, autor del estudio y profesor de la Escuela Universitaria de Magisterio de Bilbao de la UPV/EHU.

Se han medido tres variables —pensamientos agresivos, conducta de riesgo y conducta agresiva—, y “hemos visto que la accidentabilidad se relaciona con el comportamiento agresivo, pero sobre todo con el comportamiento arriesgado, aunque ambos factores podrían pronosticar accidentes de tráfico de forma significativa. Se podría decir que los pensamientos agresivos llevan a un comportamiento agresivo, y que ese comportamiento agresivo lleva a un comportamiento arriesgado, el cual está asociado a la accidentabilidad” aclara Herrero.

En el estudio han participado 414 personas con carné de conducir vigente y que conducen al menos una vez a la semana, a las que se ha entrevistado mediante dos cuestionarios, “uno que mide los pensamientos agresivos, y otro que mide tanto los comportamientos arriesgados como la accidentabilidad, el Driver’s Angry Thoughts Questionnaire y el Driving Survey. De esta forma, abarcamos esos tres grandes bloques que hemos estudiado en esta investigación”, comenta.

El estudio también ha analizado las diferencias por edad y sexo. En cuanto a la edad, han observado que “los más jóvenes son los que más tienden a experimentar ira y a expresarse de manera agresiva, lo cual es común a la práctica totalidad de los estudios. En cambio, las diferencias entre sexos no están tan claras en cuanto a expresión y experiencia de ira, ni siquiera en los pensamientos agresivos. Hombres y mujeres tenemos la misma frecuencia de pensamientos agresivos”, comenta Herrero.

Las claves detectadas en este estudio podrían ser útiles tanto en la seguridad vial como en el ámbito de la psicología clínica. “El comportamiento arriesgado y agresivo en la conducción es un tema poco abordado clínicamente, pero lo cierto es que existe un porcentaje bajo aunque relevante de conductores que es altamente propenso a comportarse de esta forma”, explica.

Según el investigador, “es importante que conozcamos los mecanismos cognitivos, emocionales, etc. que subyacen a este tipo de comportamientos, para poder intervenir de forma más clara y precisa. Mediante las herramientas utilizadas, se pueden evaluar dichos procesos, y dar pistas sobre posibles intervenciones. Si una persona dice que en su vida real o en la conducción tiende a comportarse agresivamente de una forma concreta, sabemos que en el otro contexto va a actuar de la misma manera”.

De esa forma, David Herrero cree que “si somos capaces de conseguir que una persona pueda detectar cuándo se está comportando arriesgadamente o incluso agresivamente, estaremos reduciendo la accidentabilidad. Lo fundamental es actuar sobre el comportamiento arriesgado y agresivo, más que sobre los pensamientos, aunque una cosa lleva a la otra”, concluye.

El autor ha realizado este estudio con la colaboración de Sara Fonseca-Baeza, de la Universidad de Valencia. (Fuente: UPV/EHU)

Los adolescentes ven menos riesgo en el cigarrillo electrónico que en el tabaco

Un equipo multidisciplinar de investigadores de la Gerencia de Atención Primaria y Especializada de Palencia, del Hospital Clínico Universitario de Valladolid y del Hospital Campo Grande de Valladolid (España) ha realizado un estudio entre 3.311 adolescentes de entre 13 y 18 años de Castilla y León para conocer su percepción del riesgo sobre el consumo ocasional de tabaco tradicional y electrónico.

El trabajo, que ha sido publicado en la Revista Pediatría de Atención Primaria, está encabezado por Leonor Liqueste Arauzo, pediatra de la Gerencia de Atención Primaria de Palencia, quien explica que, previo a la recogida de los datos, se realizó una entrevista con los directores y orientadores de los centros educativos. “Nos manifestaron su preocupación por el creciente interés que había despertado en sus alumnos el tabaco electrónico y la posibilidad de que fuera una nueva vía de iniciación al tabaquismo en los más jóvenes”, asegura.

Es conocido que la percepción de peligrosidad atribuible al consumo de drogas en adolescentes se relaciona con la probabilidad real de consumirlas. Por ello, el estudio se centró en conocer si el e-cigarrillo o cigarrillo electrónico gozaba de una menor percepción de peligrosidad entre los adolescentes que el tabaco tradicional u otras drogas.

El trabajo se basó en otros estudios nacionales e internacionales sobre adolescentes que aplican cuestionarios con preguntas idénticas para valorar la probabilidad real de consumir una droga, en este caso del uso del cigarrillo electrónico.

Además, se trató de detectar qué factores socio-demográficos y familiares estaban asociados a la baja percepción de riesgo sobre el consumo ocasional de e-cigarrillos en adolescentes y se indagó en los factores protectores ya conocidos para evitar el tabaquismo adolescente, con el objetivo de dilucidar si eran igualmente válidos para la prevención del consumo juvenil del e-cigarrillo.

Los resultados del estudio apuntan que el consumo ocasional del cigarrillo electrónico es considerado por los adolescentes más inocuo que el del cigarrillo tradicional. El 44,2% de los entrevistados consideró el tabaco convencional muy peligroso, mientras que solo el 18,5% tildó de muy peligroso el electrónico.

De este modo, “el e-cigarrillo sortea el prototipo negativo asociado al fumador clásico, ocasionando en los jóvenes una distorsión en la percepción de riesgo asociada a su consumo”, agrega la doctora Liquete Arauzo. Aunque no se encontraron diferencias significativas en la mayor parte de las variables socio-demográficas registradas, sí que se observó que las mujeres y los adolescentes de centros públicos presentaban una menor percepción de peligrosidad.

“El impacto del e-cigarrillo en la tasa de tabaquismo juvenil a medio plazo es, a día de hoy, desconocida. La desinformación de la sociedad acerca del e-cigarrillo podría ser la principal razón por la que no hemos hallado factores de protección evidentes que se relacionen con una elevada percepción de riesgo sobre su consumo ocasional. Por lo tanto, parece necesario crear una campaña específica de información sobre el e-cigarrillo para jóvenes y adultos”, concluye la pediatra, quien añade que otra medida que limitaría la accesibilidad al e-cigarrillo y concienciaría a la sociedad sería “equiparar la legislación sobre venta y publicidad del cigarrillo electrónico a la del tabaco tradicional”.

El trabajo se enmarca en un proyecto más amplio sobre rutinas, comportamientos y actitudes en adolescentes españoles titulado ‘Impulsividad, funcionalidad y dinámicas familiares en adolescentes de Castilla y León’ realizado por la doctora Liquete Arauzo y dirigido por los doctores Luis Rodríguez Molinero y Juan Manuel Marugán de Miguelsanz, publicado por la Universidad de Valladolid. Durante el curso 2014-2015, los investigadores trabajaron con 37 centros educativos de ESO y Bachillerato de Castilla y León. (Fuente: DICYT)